

## El béisbol femenino cubano apunta a la élite mundial

POR: BORIS LUIS CABRERA ACOSTA / FOTO: WBSC

La Confederación Mundial de Béisbol y Softbol (WBSC) reveló esta semana la composición de los grupos

para la Copa Mundial de Béisbol Femenino, confirmando a Cuba entre las doce selecciones que buscan abrirse paso hacia la fase final. En el mapa del torneo, las anfitrillas fueron ubicadas en el grupo que



tendrá como escenario la ciudad de Tainan del 23 al 27 de agosto, compartiendo ruta con China Taipéi, Japón, Venezuela, Gran Bretaña y un comodín aún por definirse, en una constelación donde cada uniforme cuenta una historia distinta del diamante.

El otro segmento, previsto en Rockford del 22 al 27 de julio, reunirá a Estados Unidos, México, Hong Kong (China), Australia, Corea del Sur y el vencedor del duelo clasificatorio entre Canadá y Puerto Rico, configurando un cruce de estilos donde conviven potencia, técnica y tradición. Cada grupo disputará su calendario, y los tres mejores avanzarán a una fase final que se celebrará en 2027, una arquitectura competitiva que refleja la expansión y profesionalización del béisbol femenino en el escenario internacional.

Cuba obtuvo su boleto en septiembre de 2025 durante el Campeonato Panamericano celebrado en Venezuela, donde su paso firme —marcado por victorias clave como la conseguida ante Nicaragua— fue también una declaración de intenciones: el béisbol femenino cubano no solo participa, también irrumpe. Esa clasificación no es un hecho aislado, sino el resultado de un tejido silencioso que se ha ido bordando entre provincias, academias y torneos regionales, donde nuevas generaciones de peloteras aprenden a convertir el guante en extensión del cuerpo y el bate en argumento.

Desde su creación en 2004, la Copa Mundial de Béisbol Femenino ha servido como vitrina global de un deporte en transformación, dominado durante años por Japón, cuya hegemonía reciente — con múltiples títulos consecutivos— ha elevado el estándar competitivo y obligado al resto del mundo a reinventarse.

Pero más allá de los resultados, el crecimiento del béisbol femenino responde a una dinámica más profunda: cada torneo internacional amplía fronteras, suma países y consolida estructuras que antes eran apenas esbozos, en un proceso donde la visibilidad se convierte en oportunidad y la oportunidad en desarrollo.

Hoy, el béisbol femenino ya no es una nota al margen, sino un relato en construcción que atraviesa continentes, rankings y generaciones, con selecciones emergentes que escalan posiciones y desafían jerarquías establecidas, alimentando un ecosistema cada vez más competitivo y diverso.

Cuba, con su historia intermitente pero persistente —presente en mundiales desde 2006—, llega a esta nueva edición con la memoria de los desafíos recientes y la convicción de que cada inning puede ser también una conquista simbólica. Porque en estos torneos no solo se disputan carreras: se disputa el espacio, la mirada y el reconocimiento de un deporte que durante demasiado tiempo jugó en silencio, y que ahora, por fin, el diamante también habla en femenino.

### RAQUETAS QUE RESISTEN

## Cuba se abre paso entre bronces y certezas

POR: BORIS LUIS CABRERA ACOSTA

En Santo Domingo, donde el futuro del deporte regional ya asoma con los Juegos Centroamericanos y del Caribe en el horizonte, la selección cubana de tenis de mesa escribió una historia de resistencia, talento y dignidad competitiva.

Del 9 al 15 de abril, en el Campeonato Centroamericano y del Caribe, la armada antillana se sostuvo, golpeó y respondió, como una pelota que se niega a morir en el borde de la mesa. El tercer lugar en el medallero general, con una plata y siete bronces, no es una cifra fría: es la evidencia de un equipo que, con escaso roce internacional en lo que va de año, supo aferrarse al podio con uñas, reflejos y carácter.

En ese lienzo de esfuerzo, un nombre brilló con luz propia: Estela Crespo. La villaclareña tejió una actuación que roza lo memorable, conquistando la medalla de plata en el individual femenino y sumando dos bronces adicionales —en el doble junto a Daniela Fonseca y como parte del equipo femenino—. Su desempeño no solo lideró la cosecha cubana, sino que confirmó su estatura dentro del panorama regional.

También alzó la voz, desde el silencio concentrado de la mesa, Adrián Pérez, quien firmó un meritorio bronce en el individual masculino, aportando equilibrio a una delegación que encontró en la diversidad de sus figuras una de sus principales fortalezas.

Las pruebas de dobles completaron el mosaico: Jorge Campos y Andy Pereira en el masculino; Rosalba Aguiar y Karla Pérez en el femenino; así como la dupla mixta de Fonseca y Campos, todos aportaron bronces que, más allá del metal, hablan de sincronía, entendimiento y nervio competitivo.



Por equipos, tanto la escuadra femenina como la masculina se instalaron entre las mejores del área, sellando sendas medallas de bronce que redondean una actuación sólida, equilibrada y, sobre todo, prometedora.

Porque si algo deja este torneo es una certeza: el tenis de mesa cubano sigue latiendo. Lo hace a pesar de la inactividad, de los contextos adversos, de la falta de fogueo internacional. Ocho veces subieron al podio, y en cada ascenso hubo algo más que un resultado: hubo orgullo, oficio y país.

El calendario no concede treguas. En el horizonte inmediato asoman el Campeonato Mundial por Equipos, el Panamericano de Lima y, como faro mayor, los propios Juegos Centroamericanos y del Caribe de 2026, retos que exigirán más, pero que también encontrarán a un equipo que ya ha demostrado saber crecer. Más allá de los números, Cuba salió de Santo Domingo con algo que no se mide en medallas: la convicción de que, incluso en silencio, sus raquetas siguen diciendo presente.